

LUIS PÁSARA

# LA ILUSIÓN DE UN PAÍS DISTINTO

CAMBIAR EL PERÚ: DE UNA GENERACIÓN A OTRA

José ALVARADO JESÚS Diana ÁVILA

## Capítulo 18

Alberto DE BELAUNDE Salvador DEL  
SOLAR Fernando EGUREN Alberto  
GONZALES Álvaro HENZLER Max  
HERNÁNDEZ Indira HUILCA Natalia  
IGUIÑIZ Jimena LEDGARD Vania MASÍAS  
Farid MATUK Jaime MONTOYA UGARTE  
Abelardo OQUENDO Cecilia OVIEDO  
Tania PARIONA Fernando ROSPIGLIOSI  
Gerardo SARAVIA Cecilia TOVAR  
SAMANEZ Paloma VALDEAVELLANO  
Victoria VILLANUEVA Joseph ZÁRATE

**BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ**  
Centro Bibliográfico Nacional

985.004 I La ilusión de un país distinto: cambiar el Perú: de una generación a otra / [testimonios, Abelardo Oquendo, José Alvarado Jesús, Héctor Béjar ... et al.]; Luis Pásara, [entrevistas].-- 1a ed.-  
- Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2017 (Lima: Tarea Asociación Gráfica Educativa).  
396 p.; 24 cm.

Incluye referencias bibliográficas.  
D.L. 2017-07453  
ISBN 978-612-317-274-9

1. Realidad peruana - Siglo XXI 2. Intelectuales - Perú - Entrevistas 3. Celebridades - Perú - Entrevistas 4. Problemas sociales - Perú 5. Participación política - Perú 6. Perú - Política y gobierno - Siglo XXI 7. Perú - Condiciones sociales - Siglo XXI 8. Perú - Condiciones económicas - Siglo XXI I. Oquendo, Abelardo, 1930- II. Alvarado Jesús, José III. Béjar Rivera, Héctor, 1935- IV. Pásara, Luis, 1944- V. Pontificia Universidad Católica del Perú

**BNP: 2017-1864**

*La ilusión de un país distinto*  
*Cambiar el Perú: de una generación a otra*  
© Luis Pásara, 2017

© Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2017  
Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú  
feditor@pucp.edu.pe  
www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

Diseño, diagramación, corrección de estilo  
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: junio de 2017  
Tiraje: 1000 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,  
sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2017-07453  
ISBN: 978-612-317-274-9  
Registro del Proyecto Editorial: 31501361700693

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa  
Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

## PEDRO BRITO

«PARA MÍ, LA IDEA DE UTOPIA ERA HASTA CIERTO PUNTO POCO POLÍTICA: NO LEVANTABA TANTO LA TOMA DEL PODER POR UN TIPO DE GOBIERNO, SINO EL TEMA DE UNA CONDICIÓN SUPERIOR DE LA VIDA DE LA GENTE».

Nací en el puerto de Chimbote y me crié en una hacienda donde mi abuelo tenía una tienda de abarrotes en la que trabajaba mi padre. Vivíamos en una zona donde también vivían los peones; yo jugaba con los demás niños y compartía la vida con ellos en ese lugar. Mis mejores amigos eran unos mellizos negritos y a su mamá, que preparaba chicha y comida para vender, yo la llamaba madrina. En su casa cenaba todos los días; en verdad, cenaba dos veces, allí y en casa.

Mi familia, aunque no tenía vínculos con la hacienda, formaba parte de los «notables» que daban servicios. Mi padre y mi abuelo compartían —lejos de los peones— actividades de vida social con el maestro de la escuela, el telegrafista, otros comerciantes y algunos funcionarios de la hacienda. Esa fue mi primera lección sobre las clases sociales.

Había dos escuelas públicas, una para hombres y otra para mujeres. El profesor de nuestra escuela enseñaba simultáneamente a cinco grados diferentes. Don Luis era un profesor muy bueno: tenía una serie de técnicas para estimular la iniciativa y la creatividad de una masa de alumnos muy disímil, tanto en edad como en origen familiar. En vez de tener un recreo «normal», con juegos recreativos y actividades deportivas, el profesor nos enviaba a trabajar en la huerta de la escuela, donde cada alumno tenía una pequeña parcela e incluso podía vender sus productos. Yo tenía un arbolito de plátanos manzanos —una de mis frutas favoritas—, que me daba algún ingreso.

Mi padre y mi madre solo habían terminado la primaria. Mi abuelo Antonio había sido prista de la generación heroica. Nos contaba cómo había tenido que esconder al hermano de Haya de la Torre y a otros líderes del APRA, perseguidos después de la fallida revolución de Trujillo. Nos llevaba a mis hermanas y a mí

de paseo a unos bosques de algarrobo y nos mostraba los escondites. Él mantenía reuniones semiclandestinas con los peones y con el sindicato de la hacienda. En la trastienda tenía una biblioteca en la que había de todo y donde yo leía, aunque no entendía todo. De esa biblioteca recuerdo *El Capital* de Marx, en una de las ediciones populares de Editorial Tor de Buenos Aires, y algunos libros de Schopenhauer y Nietzsche. Como en el tango «Cambalache», allí estaban la biblia y el calefón: mezclados Marx con Vargas Vila y Jorge Isaacs con Haya de la Torre, entre muchos otros autores. Tenía también una colección grande de la revista *Varietades*, algunos números de *Amauta*, muchos de *Life* que abarcaban toda la segunda guerra mundial y muchas *Selecciones*, que era lo que leía mi abuela. Allí me hice lector empedernido; mi abuelo me hizo lector y me estimuló a tener mi biblioteca. Cada mes me daba el dinero para comprar las ediciones de Populibros. Leí entonces a Ciro Alegría, López Albújar, Juan Seoane, Miguel Ángel Asturias, etcétera. En secundaria empecé a leer *Los Siete Ensayos* de Mariátegui gracias a que el profesor Herrera me indujo a leerlos. A partir de mi abuelo y de las lecturas hechas, empiezo a pensar y a ubicarme frente a ese mundo en el cual vivía y empiezo a darme cuenta que era un mundo injusto.

Mi familia siempre mostró un compromiso político. Recuerdo que en las elecciones de 1956 mi madre votaba por primera vez, porque se dio entonces el derecho de voto a las mujeres. Mis padres tenían que ir a votar a Santa que es la capital del distrito, y esperaron hasta último momento la consigna del Partido Aprista de a quién debía votar, que finalmente fue Manuel Prado y no Hernando de Lavalle.

En 1967 llegué a Lima para ir a la universidad. Entré a la academia y luego postulé a San Fernando y a Cayetano Heredia, ingresé a las dos y mi tío me dijo: «yo te doy la plata para que vayas a Cayetano» y me fui a Cayetano. Estudié allí con mucha ayuda, primero la de mi tío, que se acabó antes de terminar el primer año, y luego la ayuda de mi abuelo. Vivía gratis en la casa de mis tíos.

Ingresé el año 1968, un año tremendo para el país y el mundo. En lo económico, de un lado, entre unas inundaciones en Chimbote en el año 1969 y el terremoto de 1970 mi familia la pasó mal; pero, de otro lado, el sistema de ayuda a los alumnos de escasos recursos, vigente en Cayetano Heredia en esa época, me permitió estudiar casi gratuitamente a partir de 1970. Incluso me dieron trabajo, primero en la farmacia del hospital, y después, ya más avanzado en mis estudios, como ayudante de prácticas.

«EN CAYETANO ME ENCONTRÉ CON UN MUNDO MUY DESIGUAL, LO QUE FUE UN CHOQUE: UNA SEPARACIÓN MUY FUERTE ENTRE UN GRUPO MUY GRANDE, DIRÍA MAYORITARIO, DE MUCHACHOS QUE VIENEN DE COLEGIOS PRIVADOS Y UN GRUPO MENOR QUE VIENE DE LA ESCUELA PÚBLICA... QUE NOS SENTAMOS EN LA PARTE DE ATRÁS».

---

Para mí fue un trauma enorme adaptarme a Lima y la universidad, sobre todo a la Universidad Cayetano Heredia, que era una universidad de élite: los profesores y mentores eran gente de la élite intelectual y científica del país. Llegar desde la provincia, con un *background* escolar bastante precario me obligó a hacer un aprendizaje muy acelerado desde el punto de vista técnico, porque entré a la facultad de medicina más importante del país. Ahí. Los de colegios privados se sientan adelante y los de colegios públicos nos sentamos en la parte de atrás, creo que por inseguridad en ese ambiente.

Me encuentro con ese mundo, que no sabía que existía, y también con una sorpresa: es una institución en ruptura importante con lo que era la educación superior en el viejo San Marcos, de donde provenían casi todos los profesores, que en 1961 se habían ido de San Fernando y lo dejaron muy debilitado. Ellos desarrollaron una doctrina universitaria, alternativa a la que cuestionaron y abandonaron en San Marcos, que venía de lo que fue la reforma de Córdoba. Para ellos, tal vez los aspectos más negativos eran el cogobierno y la politización, que consideraban muy fuerte a partir del rectorado de Luis Alberto Sánchez. Al llegar a este mundo, hay un punto clave de inflexión en mi vida.

Debo mucho a Cayetano porque, siendo una universidad privada de élite, los fundadores eran humanistas y quienes dirigían la Universidad, siendo conservadores, eran muy cultos. Yo podía debatir y en esa época debatíamos del marxismo con gentes formadas en fisiología, bioquímica, en lo que quieras; se podía debatir con ellos porque estaban muy informados de todo.

En Cayetano había en esa época un Departamento de Ciencias Sociales, que debe haber sido el primer departamento de ciencias sociales en una facultad de medicina. Carlos Delgado era el director o el jefe del Departamento pero en 1968 ya estaba muy ocupado en asesorar a Velasco y quien manejaba el departamento era Luis Soberón. Él había contratado a algunos egresados de la Facultad de Ciencias Sociales de la Agraria, dirigida por Arguedas, que eran de Vanguardia Revolucionaria y nos dieron el primer curso de Introducción a las Ciencias Sociales. Fue un curso que organizaron en una forma, a mi modo de ver, bastante novedosa, avanzada, con material clásico en sociología. Tuvimos que leer a Ely Chinoy, la *Economía política* de Óscar Lange, que era un manual de economía marxista, y *La formación de los intelectuales* de Antonio Gramsci, una de las lecturas más importantes de mi vida. Desfilaron, dándonos clases, Ricardo Letts, Ricardo Napurí, Rodrigo Montoya, todos vinculados a Vanguardia.

Teníamos ocho horas semanales para ciencias sociales —lo que en una escuela de medicina era revolucionario— y además teníamos tres horas de literatura, tres horas de historia de la cultura y tres horas de filosofía. Nos sacaban el alma porque, aparte de eso, teníamos física, química, matemáticas. Pero era una formación bastante balanceada en lo que antes se llamaba Premédicas.

En la Introducción a las Ciencias Sociales, después de una hora y media o dos horas de clase nos pasaban una película, que venía de la cinemateca de la Agraria e ilustraba el tema. Ellos eran explícitos en su planteo, que era muy marxista. Yo estaba alucinado, venía ya con una cierta efervescencia de Chimbote y era una esponja, lo disfrutaba mucho. Me parece que fue uno de los mejores cursos por los que he pasado en mi vida.

Había gente de Vanguardia en Cayetano y nos captaron a mí y a dos o tres más. Julio César Mezzich, ya estaba en cuarto año de Medicina y era dirigente de la Asociación de Estudiantes de Cayetano Heredia. Él y Eduardo Garrido, el Zorro —un piurano, de familia pobre, muy buen alumno—, me iniciaron en Vanguardia. Siendo militante leí y estudié *El Manifiesto Comunista*, así como una novela que leí como treinta veces: *Diez días que estremecieron al mundo*, de John Reed.

Militando y formándome como médico, para mí fue muy importante leer un libro de un psiquiatra italiano, Franco Basaglia, padre de la desinstitucionalización: sacar a los enfermos mentales de los hospitales psiquiátricos. El libro se llamaba *La institución negada* y con ese libro discutía y me enfrentaba con mis profesores de Psiquiatría. Con el único con el que podía entrar en sintonía era con don Javier Mariátegui, porque era el tipo más culto que, con una formación mucho más amplia, había leído a Basaglia; era muy abierto, muy afectuoso y me invitaba a ir a su consultorio por las tardes, a conversar.

Otros dos libros que me marcaron mucho fueron de Foucault: *El nacimiento de la clínica* y *La historia de la locura en la época clásica*. Un libro que me gustó muchísimo, fue el de Norberto Bobbio, *Izquierda y derecha*. Fuera de las lecturas, algo que me marcó mucho fue una película que pusieron, en el primer año, en 1968: *Morir en Madrid*, que estaba prohibida en el Perú. Estábamos estudiando la estructura social y el tema campesino y de la tierra —César Benavides fue a darnos una conferencia sobre la cuestión agraria— y *Morir en Madrid*, que no es la mejor película, habla de la guerra civil española y la llegada de la República para cambiar la estructura social, productiva y de clases de España. Cuando vi la película —éramos muchachos de dieciséis, diecisiete o dieciocho años— no entendí nada, porque nunca me habían hablado de que había habido una guerra civil en España. La vi como tres veces y me fui a leer, a buscar en la biblioteca qué había pasado en España entre 1931 y 1939. Me metí en uno de mis temas favoritos, el de la Guerra Civil.

«ESTUVE EN VANGUARDIA DIECIOCHO  
AÑOS... HICE UNA OPCIÓN DE MÉDICO  
MILITANTE, NO DE MILITANTE  
MÉDICO... PARTICIPÉ POCO O NADA  
EN LOS GRANDES O PEQUEÑOS  
DEBATES DE LA IZQUIERDA, QUE AL  
FINAL ACABABAN EN ESCISIONES  
Y EN RUPTURAS».

El año de 1968 fue un año que me movió la cabeza. La idea de cambiar el mundo se me mete a la cabeza y se consolida en ese año. Fue el año en el que ingresé a la universidad y pasó de todo, aquí y en el mundo. Luego del golpe de Velasco, empezó a llegar material de todas partes. Aparte de la vinculación con Vanguardia, para mí fue la exposición a un mundo totalmente nuevo, tanto en lo científico, en lo técnico, como en lo social y político. Y vivir en Lima.

Fue muy duro acostumbrarme a vivir en Lima pero, por otro lado, estaba maravillado. Me hice adicto a las funciones de la Sinfónica los viernes en la noche y al cine-club del Cine Venecia, los domingos a las once de la mañana, y al cine-club del Ministerio de Trabajo. En uno de esos cines del centro de Lima daban mucho cine ruso y empezaban a pasar las primeras películas del cine cubano.

Otro año importante para mí fue 1979, porque cambié la orientación de mi vida profesional. Era un buen clínico —incluso fui jefe de residentes de medicina interna del hospital— y podía ser excelente, pero mi compromiso político me obligó a asumir la salud pública. Había leído muchísimo, desde Virchow y Westenhofer, los pioneros de lo que después se llamó medicina social. Virchow decía que la medicina clínica tiene un correlato social: la medicina social o salud pública, que es la acción política en la salud. Esa idea me marcó mucho.

En Cayetano Heredia hubo un programa, desde la fundación de la universidad prácticamente, que se llamaba Medicina Comunitaria, un tipo de proyección de la Universidad, en apoyo a los centros del Ministerio de Salud, en las barriadas alrededor de la Universidad. Salíamos a vacunar, a hacer educación sanitaria, a ayudar en los centros. Eso era muy de avanzada, no solamente en el Perú sino en América Latina. Fue una de las primeras facultades que tuvo un Departamento de Ciencias Sociales fuertes, pero además un Programa de Extensión Universitaria bastante importante. Ahí nos metimos algunos y muy pocos fuimos quienes seguimos salud pública. Yo me decidí ahí. Hice tres años de residencia después de mi formación médica y del año de SECIGRA [Servicio Civil de Graduandos]. Tenía entonces una doble vida: en el día como residente de medicina y en la noche trabajaba organizando pequeños servicios de salud y dando atención para la salud en las barriadas, sobre todo en la zona de Cantogrande. Fundamos el centro de salud de Bayóvar.

Estuve en Vanguardia dieciocho años. Mi militancia fue bastante especial: primero fue la típica militancia estudiantil, pero después hice una opción de médico militante, no de militante médico. Nunca di mucha pelota a los temas del poder. Participé poco o nada en los grandes o pequeños debates de la izquierda, que al final acababan en escisiones y en rupturas. Entré a Vanguardia y seguí en Vanguardia; cuando se convirtió en PUM, seguí en el PUM hasta que desapareció... sabe Dios cuándo. No era muy bolchevique, mi militancia no fue muy bolche, fue muy profesionalizada.

Hacía mucho trabajo médico, por la militancia, por el compromiso por el partido, pero también hacía otra serie de cosas. En los primeros años me meto a las prácticas de compromiso social, de medicina comunitaria, sin tener vinculación orgánica con el partido. Pero empecé segundo de Medicina, en los primeros años de clínica, y empiezo a vincular el trabajo partidario con lo que hacía. Una de las primeras actividades que hice fue en la invasión de tierras que hubo en El Montón, en Lima, al costado del río. Íbamos todas las noches a apoyar a la gente que estaba allí, cercada por la policía; nos metíamos gateando, por unos huecos, para llevarles medicamentos y ayudarlos. Cada vez más, todas las acciones de medicina comunitaria estuvieron vinculadas al partido, con una orientación política de captar gente.



Como militante que es médico, había tenido una especie de crisis en 1979, cuando tuve que decidir si dedicarme a la clínica —ser médico clínico de hospital, de consultorio— o a la salud pública, que era lo que yo creía que estaba más vinculado a la acción política, y por eso decido hacer salud pública. Para mí, la idea de revolución estaba muy vinculada a la salud, lo que en esa época llamábamos salud para todos y, cada vez más, ahora se vincula con el derecho a la salud. Esa idea de Marx de que la teoría debe estar unida con la práctica. Me parece que ha habido una especie de incongruencia entre una práctica clínica privada y la idea de la búsqueda del socialismo. Pero en esa época yo no podía pensar una práctica de la salud pública.

La búsqueda se consolida mucho más cuando decido hacer salud pública y empiezo a trabajar más. En salud en esa época había dos opciones para la gente de izquierda. Una, que era la opción mayoritaria de la gente que estaba en Vanguardia, era el gremialismo; por ejemplo, era lo que hacía Julio Castro, que fue dirigente estudiantil en San Marcos, dirigente de la Federación Médica y decano del Colegio Médico. Había muchos médicos trabajando en esa trayectoria del gremialismo. Muchos menos, en salud pública o en lo que nosotros llamábamos «en la barriada»: hacer trabajo médico, sanitario y político allí con el tema de salud.

No recuerdo haber pensado la revolución como un resultado obligado de la lucha armada o de la transformación violenta o no violenta de las estructuras sociales, sino como la idea de construir una sociedad justa, que tuviera como necesario correlato mejores condiciones de vida de la gente en salud, en educación, en vivienda, en alimentación, que son los que ahora llaman determinantes de la salud. Es la idea de salud para todos y un sistema de salud justo para todos. Para mí, la idea de utopía era una idea hasta cierto punto poco política, en la medida en que no levantaba tanto la toma del poder por un tipo de gobierno, sino levantaba el tema de una condición superior de la vida de la gente. Era una especie de orientación marxista de lo que era, en esa época, la doctrina de la OMS [Organización Mundial de la Salud] de salud para todos y atención primaria. Muy poca gente se ha dedicado a la salud pública con esta orientación. Muchos acabaron en el gremialismo o se hicieron parte del negocio. Conozco personas que se volvieron funcionarios de clínicas privadas o de universidades privadas de garaje.

Nunca pensé en abandonar mi práctica de medicina o mi práctica de estudiante de medicina para dedicarme a hacer trabajo político, como hicieron varios compañeros míos, que trabajaban con la Confederación Campesina en Piura; iban y desaparecían varias semanas. De los que trabajábamos en salud había los que eran partido puro y que dejaban de ser médicos. El caso más emblemático es el de Julio César Mezzich, que se fue a trabajar, primero por Vanguardia, en Andahuaylas, en la toma de tierras y después siguió todas las vicisitudes hasta acabar en Sendero.

Me acuerdo que en 1979, Julio César pasó por el hospital —porque pasaba todos los años para que le hiciéramos lo que él llamaba un *tune-up* y a veces iba con su mujer y sus hijos— y le hicimos un chequeo completo. Pero ese año nos dijo: «De repente ya no me ven más» y, efectivamente, ya no lo vimos más.

Había estudiado mucho sobre la lucha armada, sobre todo la experiencia de las guerrillas en el Perú. Se pensaba que en un determinado momento habría que tomar las armas, era un momento que inevitablemente tenía que llegar y se tendría que tomar una decisión; pero ocurriría en una etapa más avanzada. Era el razonamiento que se sacaba de lo que se sabía, leía o discutía de los movimientos de liberación nacional. Velasco hace que se postergue ese momento o esa decisión; luego, con Morales Bermúdez las contradicciones se agudizan, vienen los grandes paros nacionales, y parecía que la cosa estaba mucho más cerca, pero en ese momento aparece Sendero y patea el tablero, diciendo: «¿de qué lucha armada estamos hablando!».

Tuve una experiencia indirecta, pero muy fuerte, con la gente que estaba combatiendo en Sendero. Cuando trabajaba en Chacarilla de Otero, había una célula de Sendero muy activa, con la cual tuve que negociar para que no me jodieran el servicio. Por otro lado, mucho antes había entablado amistad con Sybila Arredondo y con muchísima frecuencia recibía pacientes de Sendero para atenderlos. Era gente que ahora, con el desarrollo de la psiquiatría, se puede decir que estaba con síndrome de estrés postraumático. Eran combatientes que los sacaban cuando estaban totalmente quebrados, con un grado de depresión casi suicida. Lo que me afectó tremendamente fue que eran muchachos andinos, campesinos quechuahablantes, analfabetos, que no sabían dónde estaban. Era tremendamente duro atenderlos, hacerme entender con ellos para ayudarlos y no poder, porque los muchachos estaban totalmente destrozados; los llevaban y los traían, y ellos no sabían dónde estaban. Ese tipo de experiencia me afectó tremendamente.

La idea de la acción política siempre fue para mí una idea de trabajo profesional en salud, orientado políticamente, una idea de servicio social, de salud pública y de apoyo al partido. Trabajé mucho, por ejemplo, en el apoyo a los presos, en las cárceles; iba a Cantogrande, a organizar servicios de atención médica gratuita en las barriadas, sobre todo en los lugares recién invadidos. Era un experto en apoyar huelgas de hambre y el doctor Monge me ayudaba mucho, porque era nefrólogo y él me decía cómo teníamos que preparar el boldo, que era lo que clásicamente se daba a los huelguistas. De vez en cuando tenía que realizar análisis e informes para apoyar denuncias o proyectos de ley en el parlamento. Trabajé mucho con Javier Diez Canseco en ese tipo de actividades, que después ya fue organizándose como apoyo a derechos humanos.

Me casé en 1981 con Charo y yo trabajaba en cuatro, cinco o seis sitios, para parar la olla, porque nunca hice práctica privada. Trabajaba en el centro de salud del Ministerio, de 8 a 2, luego trabajaba en la Universidad y de ahí iba a trabajar en alguna de las dos ONG o consultorías o grupos de investigación. A veces era muy difícil: la Universidad pagaba muy mal, el Ministerio siempre pagó mal, sobre todo a la gente que trabajábamos en las barriadas y yo trabajaba como médico de centro de salud, primero en Tahuantinsuyo Alto, después en Cantogrande y en Chacarilla de Otero, que fue donde más trabajé. Junto con la práctica de salud pública, trabajé como médico de cabecera de algunos. Por ejemplo, era médico de los hijos de Javier Diez Canseco, tuve que atender a Edmundo Murrugarra cuando salió de la clandestinidad e hizo una ruptura de úlcera gástrica por la tensión; atendía a mucha gente del partido que estaba enferma. Como era buen clínico, hacía el acompañamiento a compañeros enfermos y a huelguistas de hambre. Y cuando llegó Barrantes al gobierno municipal, tuve que apoyar el trabajo ahí. A veces ya no daba.

Mi compromiso afectó mi vida familiar y mucho. Entre 1978 y 1979 estaba solo y hacía de mi vida lo que quería, dormía donde podía o donde quería. Pero después en 1979, cuando empezó mi relación con Charo, y a partir de 1981, cuando nos casamos, la opción política y lo de la salud pública afectó la vida familiar. Porque había que asumir una responsabilidad del hogar, había que conseguir ingresos para la casa. Paco nació en 1984, que fue el año en el que me fui a Cuba por un año y lo dejé chiquito. Entre 1981 y 1984, tenía tres, cuatro o cinco trabajos, y a veces no nos alcanzaba. He tenido suerte con Charo.

Al llegar Barrantes a la alcaldía de Lima, me encargaron que bosquejara un programa de emergencia sanitaria. Yo era uno de los pocos que sabía hacer eso —porque los gremialistas no sabían nada de esto—, pero en esa época todo lo que sabía lo había aprendido como autodidacta, porque en la universidad no te enseñan salud pública; te enseñan medicina preventiva, pero políticas de salud —que es como yo entiendo la salud pública, fundamentalmente—, no. Era una especie de autodidacta, que buscaba profesionalizarme en salud pública y no había dónde, porque la Escuela de Salud Pública del Ministerio daba básicamente cursitos de gestión, de administración, que a mí no me atraían en absoluto.

Ni en la izquierda dieron mucha pelota al tema de políticas de salud. En algún momento he formado parte de un grupo en temas de salud, pero al final lo ocuparon los gremialistas, que estaban mucho más cerca al aparato. La trayectoria de la gente de izquierda y de algunos de Vanguardia, con respecto a lo que era el compromiso político, era una carrera que pasaba por la Federación Médica y el Colegio Médico. Yo lo veía muy diferente y por eso fui de los pocos que pudimos apoyar, de manera más o menos efectiva, a Barrantes cuando llegó a la Municipalidad de Lima.

El que manejaba la Municipalidad, en realidad, era Henry Pease. Y el que manejaba el tema de salud y el tema social era Oscar Ugarte, con el cual trabajé muchísimo; él era un militante orgánico de Vanguardia.

Empecé a asustarme de la responsabilidad que me dieron en la Municipalidad de Lima. Tenía que hacer planificación, programación de actividades de salud pública o de actividades de servicios sociales —por ejemplo en lo que tenía que ver con el Vaso de Leche— y no tenía formación. En esa época eran fuertes la influencia de los médicos descalzos chinos, la idea del sistema cubano —que fue lo que me llevó a Cuba para hacer mi maestría— y la idea de la organización rusa en el sistema de la salud, que no fue una de las influencias más importantes.

«LA FELICIDAD O EL BIENESTAR  
NO SE VEÍAN... VIVIR EN CUBA,  
EN UNA SOCIEDAD DE TANTAS  
CARENCIAS Y DIFICULTADES,  
ME VACUNÓ... FUE LO QUE ME  
PREPARÓ: NO EXISTE EL CIELO».

---

---

Pensé que si iba a dedicarme a salud pública, tenía que profesionalizarme para ser un buen sanitarista. Pregunté entonces al doctor Vidal, que trabajaba en la Organización Panamericana de la Salud (OPS), dónde se podía hacer una formación y si la OPS tenía posibilidades de ayuda. Me dijo que una posibilidad era hacer una maestría en Estados Unidos, en Inglaterra o en Cuba. No lo pensé mucho, porque mi idioma inglés era muy precario y, además, por el interés de vivir Cuba, dado que se sabía que tenía un sistema de salud muy bueno, a pesar del bloqueo. Decidí irme a Cuba y me fui en 1984, después de trabajar año y medio con Barrantes y Ugarte en la Municipalidad.

En Cuba no vi una utopía sino una distopía, que es lo que realmente existe allí. En esa época había allí un sistema de salud de primera, en una sociedad donde faltaba todo. No se vivía bien y se hacía notar el bloqueo. Había muchas carencias alimentarias; había que hacer colas. Para llamar por teléfono de Cuba a Lima, hacía una cola de dos o tres horas para una comunicación mala, que se podía cortar en cualquier momento y que a veces ni siquiera se podía conectar. Era la época de Reagan y había un enfrentamiento duro con Estados Unidos, que era aprovechado por los dos lados. Estaba muy duro lo de la contra en Nicaragua. Nos llevaban a hacer simulacros de combate, con oscurecimiento de la ciudad, ante un inminente ataque de los Estados Unidos. Había escasez de muchas cosas, pero Salud estaba muy bien organizado.

Vivir en Cuba, en una sociedad de tantas carencias y dificultades —no obstante tener un sistema educativo y un sistema de salud casi universal y gratuito—, me vacunó, antes de la gran debacle del socialismo real, el soviético. Aprendí que los planteamientos soviéticos no me convencían. Encontré una juventud bastante desilusionada, con un nivel de instrucción muy alto —porque tienen una educación superior con una cobertura muy alta—, pero a la que la economía no daba posibilidades de aplicar o vivir bien de eso. Los médicos —a pesar de tener algunos privilegios, como mayor facilidad para el acceso a carros o viviendas, no a mejor vivienda— vivían con muchas dificultades para mantener un buen nivel de competencia técnica. Había mucho descontento respecto al tema alimentario. La oferta de bienes culturales, frente a la demanda, era insuficiente: libros, obras de teatro y cualquier manifestación cultural eran muy escasos para el interés que había. Me preocupó mucho la salud mental: mucha depresión. El tema de las relaciones familiares era muy complicado, muy inestable, cierto despelote en lo sexual, que era algo medio desenfrenado que, al final de cuentas, era un reflejo de un malestar, de una insatisfacción o de una búsqueda no se sabía de qué y que no se podía encontrar. La felicidad o el bienestar no se veían.

En contrapartida, podía darme el lujo de ir al cine, salir a las diez de la noche, pasar por la clínica odontológica y que me hicieran una limpieza dental, a las 10:30 u 11:00 de la noche. Eso no hay en ninguna parte del mundo, una clínica odontológica pública de buen nivel o de un nivel aceptable, que te atienda así. En la mayor parte del mundo es un servicio privado o es un servicio muy restringido.

Siendo 1984, yo tenía en la cabeza el libro *1984* de Georges Orwell. El tema que me golpeó y me fastidió más fue que había un control muy fuerte de adónde ibas, con quién estabas. Si el fin de semana me daba una escapada a la playa, el lunes el responsable de los alumnos sabía perfectamente dónde había estado y con quién. Tenía compañeros españoles que les gustaba mucho hacer turismo y se iban por la libre, sin avisar; sabían dónde habían estado y cuándo. Nos tenían muy vigilados.

El otro tema que viví mucho fue el de las diferencias entre los beneficios y las condiciones de vida de los funcionarios del partido y las del resto de la gente. Yo tenía una buena relación con el representante de OPS, que había trabajado en el Perú y me conocía; iba algunos sábados a su casa para comer mejor y me pasaba toda la tarde conversando con él y tomando ron. Al lado de su casa vivía el alcalde de La Habana en una mansión; algunos miembros de lo que se llamaba la nomenclatura vivían muy bien. Yo comparaba con el lugar donde vivíamos nosotros, que era un hospital grande, un instituto, en un barrio popular donde me preocupaba el descuido por el saneamiento ambiental. Había agua potable, pero el desagüe era una desgracia y muchas veces no lo había, sobre todo en los barrios. No eran condiciones salubres,

lo cual era un contrasentido en un país que le daba tanta importancia a la salud pública. En realidad, daban importancia a los servicios de salud, pero no había una concepción integral que comprendiera el saneamiento básico.

La estadía me removió las convicciones y me hizo aterrizar. En la maestría, propiamente, no aprendí mucho, pero sí saqué algunas lecciones. Me ayudó mucho a conocer mejor lo que es el oficio de sanitarista y administrador. Aprendí la importancia de acceso a los recursos para mantener un sistema de salud fuerte y sostenible. El gasto público en salud es en Cuba muy alto. El Perú se vanagloria de ser uno de los que, desde hace una docena de años, tiene mejor desempeño macroeconómico y tenemos el más bajo gasto público en salud. Si no existiera Haití, seríamos los últimos, con Paraguay tal vez. No se puede tener un sistema de cobertura universal, con un gasto público tan bajo. El problema en Cuba no es de recursos sino de eficiencia del gasto, que se hace con mucho sacrificio de la sociedad cubana. El sistema educativo, el desarrollo de ciencia y técnica y el sistema de salud, parece que eran una obsesión del Comandante: que se gastara mucha plata y, a veces, no se gastaba bien.

Por supuesto que vine de Cuba medio desilusionado, pero contento de ver algunas cosas que funcionaban, de haber aprendido tanto, de haber conocido un país socialista funcionando, con todo lo bueno, lo malo y lo feo. Eso fue lo que me preparó: no existe el cielo. No lo viví como una crisis, entre otras cosas porque creo que había estado muy pegado al suelo. Como opté por un trabajo que estaba muy en contacto directo con la gente, con los servicios, había más cosas que hacer ahí que pensar en la toma del poder y el asalto al Palacio de Invierno. Haber optado por la salud pública me regresó a la vida y me llevó a salir del país en 1987 para trabajar en salud pública en Naciones Unidas y a donde estoy ahora. No sentí una pérdida grande y dolorosa, no sentí un desgarramiento, no sentí la necesidad de mandar todo a la mierda. Eso no se me pasó por la cabeza, nunca.

«NO SE PUEDE CAMBIAR LA VIDA EN  
SU CONJUNTO, PERO PODEMOS  
HACER MEJORES SISTEMAS DE  
SALUD, MEJORAR LA EDUCACIÓN,  
LA ALIMENTACIÓN, LAS  
POLÍTICAS QUE TIENEN QUE VER  
CON LAS CONDICIONES DE VIDA Y  
EL BIENESTAR DE LA GENTE».

---

La desilusión que tuve cuando se hace claro el fracaso del proyecto soviético, fue una bronca por las expectativas fracasadas y traicionadas. Sentí mucha bronca, pero no necesidad de tirar la toalla, de cambiarme la camiseta. En esa época estaba trabajando en Buenos Aires y la práctica me abría nuevos desafíos y nuevos problemas que debí enfrentar con responsabilidad profesional, más que con una idea de militancia partidaria. Empiezo a identificar otros objetivos y otros fines que tienen que ver con mi trabajo, pero que siguen siendo orientados por esa idea primigenia de la salud pública. Con ese marco conceptual, pero también axiológico, moral, de compromiso, organizo mi trabajo afuera.

La idea que tengo es que no se puede cambiar la vida en su conjunto, pero podemos hacer mejores sistemas de salud, por ejemplo. Podemos mejorar la educación, la alimentación, las políticas que tienen que ver con las condiciones de vida y el bienestar de la gente. Es como hacer un recorte para delimitar lo posible, en sus dos sentidos: lo que potencialmente se puede cambiar y, lo que se ha visto que funciona en otros lados, sin haber cambiado todo. En Cuba me di cuenta de eso.

En Cuba tuve tiempo para estudiar y la oportunidad de aprender acerca de los otros sistemas de salud que había en el mundo. Empiezo entonces a ver cosas que nunca se habían planteado en mi universo intelectual y que tienen que ver con el Estado de bienestar y las políticas sociales. Empiezo a ampliar la idea de sistema de salud o servicio de salud, que cuando trabajaba en Lima era bastante limitada. Me guió mucho algo que decía Bobbio en *Derecha e izquierda*: «Mientras existan las razones que dieron lugar al socialismo, el socialismo tiene vigencia y hay que buscarlo». En muchos casos, las razones no solamente persisten sino que los problemas relacionados con esas razones se han hecho cada vez más graves, las brechas se han hecho más graves y hay nuevos problemas que atender. Hay incluso nuevos enemigos. Aparece fuerte a principios de los años ochenta, y se hace muy claro en los noventa, el fundamentalismo del mercado aplicado a la salud; desgraciadamente esa ha sido la corriente dominante en los últimos veinte o treinta años, especialmente a partir de la participación de los bancos de desarrollo —el Banco Mundial, sobre todo—, en los procesos de políticas sociales y de salud. Ahí hay un enemigo al cual hay que enfrentar, contra el cual hay que luchar.

Desde muy pequeño, con la formación que tuve de mi familia y la forma que asumí la militancia —aunque la moral cristiana nunca fue mi fuerte—, encontré una moral diferente, una moral del compromiso social. Poco a poco fui construyendo una especie de código moral de lo que es —en el Ministerio o en la OMS— ser funcionario público: trabajar orientado a la gente, a la población. Ese compromiso militante, que llamo muy profesionalizado, fue resultado de una evolución, casi natural, desde cómo me habían criado, cómo me habían formado en la casa.

Salí del Perú en 1987 y no puedo hablar de los jóvenes con un conocimiento actualizado. La Universidad era una universidad muy metida en la comunidad, con mucho compromiso. Aparte de la medicina social, teníamos en el penúltimo año un externado de trabajo en las barriadas y hacíamos muchas semanas de trabajo allí. Al final de la carrera teníamos el internado rural, que eran tres meses metidos trabajando adentro, no en los hospitales de Lima. Lo hice en una zona de San Martín, adonde había que ir catorce horas en lancha para llegar al pueblito donde trabajé durante tres meses. Después venía el Servicio Civil de Graduandos, que ahora llaman SERUMS. Por todo eso, Cayetano siempre tuvo un componente muy fuerte de proyección universitaria y compromiso de los muchachos. Sendero hizo un favor a quienes estaban en contra de eso. Por Sendero se fue abandonando cada vez más. Además, el Ministerio también fue perdiendo interés en mantener las plazas de trabajo social. Conozco jóvenes que son médicos en medicina clínica, muy privada, de alto nivel tecnológico, que lo primero que hacen es buscar salir del país, sin haber conocido el sistema de salud del país.

El país cambió mucho y, de forma genérica, no me gusta el país que tenemos ahora. Ha habido una profunda revolución capitalista neoliberal en el país, que ha penetrado muy fuerte en la cabeza de la gente en todos los sectores sociales ¡Ahora todos son emprendedores! Hay grandes emprendedores y pequeños emprendedores, pero todo el mundo está en competencia y los valores del individualismo, la competencia y el consumo están muy fuertes. Se ha devaluado la idea de civilidad; no hay una idea de ciudadanía. Prefieren ser sujetos de crédito que sujetos de derecho. No avizoran lo que significa ser sujetos de derecho. Ese país no me gusta. En ese contexto, se entiende la desmovilización de los estudiantes. Aunque en el último par de años, la movilización de los pulpines, el No a Keiko, la protesta contra las agresiones a las mujeres y la violencia intradoméstica... todo eso hace que, por momentos uno sienta que hay algo ahí que todavía puede...

Cayetano Heredia ha cambiado muchísimo, no solamente en la orientación de la carrera. Dicen que sigue siendo la mejor facultad de medicina, pero el modelo es el que combatimos antes, el modelo médico tecnológico, muy biomédico, con un menor compromiso social. El año pasado hice un esfuerzo bastante fuerte: estuve tres meses en Cayetano y fracasé en toda regla. Se debía haber programado cinco o seis conferencias, seminarios, conversatorios. No había ningún interés. Programaron las actividades, abiertas al mercado: si la gente pagaba, se hacía; si no pagaban, no se hacía; menos de diez participantes no era rentable. La universidad que dejé ya no existe; ahora todo es la lógica del negocio, la oferta y la demanda: si es rentable se hace, si no, no.



Me mandaron tres muchachos para que conversasen conmigo sobre sus proyectos de tesis. Habían terminado todos los cursos de una maestría en Salud Pública y no tenían la más pálida idea de lo que era salud pública ni, en general, temas de salud. Sí sabían mucho de plan de negocios, de *coaching*, calidad total, asociaciones público privadas, en fin. Y esa es la escuela de medicina más seria que hay en el país. Pienso que ha habido una revolución cultural muy profunda en la cabeza de la gente, que explica esto. Si quieres que te linchen, plantea algunos temas clave de la década de los años ochenta. Y ahora el linchamiento a través de las redes es terrible.

Tengo contacto con mis hijos, con los amigos de mis hijos, y soy consciente de que somos un sector de gente que es privilegiada. Para estos muchachos, los cambios que han ocurrido en su mundo, en el mundo del capitalismo avanzado, han puesto sobre la mesa otras cuestiones que a ellos los movilizan. Un tema es la degradación de la naturaleza, que es muy fuerte para ellos; otro es la lucha por los derechos civiles, los derechos humanos en las minorías sobre todo, y la preocupación por la desigualdad y la exclusión. En Estados Unidos es más fuerte lo que tiene que ver con la problemática de género, de etnia, de lo que podría ser el compromiso más político militante. Son temas básicamente culturales, no son los grandes temas estructurales que nos planteábamos nosotros.

Creo que en nuestro país todavía no hay ni siquiera ese tipo de compromiso. Ya no hay más lealtad de clases, sino un sálvese quien pueda. El capitalismo ha cambiado y eso también ha tenido un efecto muy fuerte, no solamente para nuestra generación, la generación de la utopía, sino que es otro mundo aquel en el que los jóvenes están viviendo.